

rano Pontífice á V. A. bajo su protección, y llamado el primer remordimiento de S. A. el príncipe vuestro esposo, tuve la debilidad de ceder á sus ruegos, ó mejor dicho, á sus persecuciones; consiguió del gran duque el destierro de mi prometido el vizconde Gualtero, el cual ha permanecido ocho años en país extranjero, y padeciendo las crueles penalidades de la proscripción.»

«Pero hace dos días que escapó del castillo en que estaba encerrado, y llegó á Florencia; penetró en el palacio de V. A. y hundió un puñal en mi pecho...»

Luisa, al llegar aquí, interrumpió la lectura, palideció, y hubiera caído al suelo, á no ver entrar en su habitación á la abadesa seguida de un correo del Pontífice.

—Señora—dijo la abadesa;—un enviado de S. S. para V. A.

El correo puso una rodilla en tierra, y entregó á la princesa un pliego sellado con las armas pontificales.

Luisa le abrió y leyó lo que sigue:

«A la princesa Luisa de Stolberg, nuestra muy amada hija, salud.»

«Sois libre; un puñal vengador ha puesto fin á la culpable existencia del príncipe Carlos.»

«Adjuntos son los títulos de donación de una renta de 60.000 francos anuales que la corte de Francia me ha concedido para vos.»

El correo del Pontífice traía también otra carta del cardenal de York, concebida en estos términos:

«Carlos ha muerto, mi querida hermana; el mismo puñal que ha dado muerte á la infeliz Leopoldina, ha atravesado también su corazón.»

«Sois libre de vivir desde hoy donde os parezca y libre asimismo en todas vuestras acciones; pero si creéis deberme algo, si me amáis, os ruego que no dejéis nunca el título de princesa de Estuardo que tanto habéis sabido honrar.»

«Os bendice y os abraza vuestro hermano

EL CARDENAL DE YORK.»

Luisa volvió á tomar la carta de Leopoldina, que concluía así:

«Y hundió un puñal en mi pecho, sepultándole después en el príncipe Carlos, á quien dejó sin vida...»

Luisa cayó de rodillas y oró por los culpados, derramando abundantes lágrimas de un verdadero dolor.

IX.

La princesa pasó los primeros meses de su luto en el convento; después se trasladó á París, donde se unió á Alfieri con los lazos del matrimonio, bajo la condición expresa de que su unión había de per-

manecer secreta para complacer al cardenal, no dejando su título de viuda de Carlos Estuardo.

Sin duda, por eso, algunos biógrafos han considerado á la condesa de Albany como á la querida de Alfieri; pero otros más exactos, ó más conocedores del corazón humano, afirman su casamiento con el gran poeta, mucho más creíble que un trato ilícito en dos seres tan nobles como el conde Alfieri y la princesa Estuardo.

Por más que os digan, amadas lectoras mías, que el vicio tiene atractivos, no lo creáis jamás; por más que os repitan que los grandes hombres y las grandes mujeres han sido siempre despreocupados é irreligiosos, afirmad que es mentira; sólo de las medianas han nacido los ateos, los viciosos; la virtud y la religión son las únicas sendas que conducen á la gloria y á la inmortalidad.

Los sucesos del 10 de Agosto, *los tres grandes años*, como se llamaban entonces, la caída, en fin, del trono de Luis XVI, despojó á Luisa y Alfieri de todo cuanto poseían en Francia: *pero aun les quedaban grandes recursos*, dice un biógrafo, *y además el Gobierno inglés creyó propio de su dignidad asegurar la subsistencia á la que había sido esposa del heredero de los Estuardos*.

Regresaron á Toscana, y trece años después, es decir, en 1803, murió Alfieri en Florencia, envejecido precozmente por sus impresiones siempre fuertes y ardientes; durante este tiempo, la conde-

sa de Albany fué su ángel tutelar; padecía el gran poeta horribles dolores al hígado; por espacio de trece meses pasó Luisa su vida sentada junto al sillón del enfermo, y leyéndole, en voz clara y dulce, las obras que había compuesto él mismo, y otras muchas de sus autores predilectos; otras veces cantaba acompañándose con el arpa, y de este modo era como únicamente conseguía que se calmasen los sufrimientos de Alfieri. Esta valerosa mujer, al ver enfermo á su marido, no guardó ya miramiento alguno, y se instaló en su casa para cuidarle y consagrarle todos los instantes de su vida, sin pensar en lo que la opinión pública pudiera decir de ella; no obstante, y á pesar de ser enteramente ignorado su matrimonio, la maledicencia respetó siempre á la princesa Estuardo; Florencia entera la adoraba por su bondad, sus virtudes y su talento.

El cadáver de Alfieri fué depositado en un magnífico mausoleo, erigido en la iglesia de Santa Cruz de Florencia, escultado por el célebre Cánova y pagado á peso de oro por la condesa de Albany.

Tres meses después de su muerte, apareció una espléndida edición de las obras del gran poeta, mandada hacer por Luisa, y dirigida por el pintor Favre, amigo de ambos esposos, y el mismo que, como ya dije, avisó á la condesa la decadencia de la salud de Alfieri, cuando aquélla se retiró al convento.

X.

Luisa, durante los primeros meses de su segunda viudez, se vió inquietada por el Gobierno francés; pasó el primer año de su soledad en el mayor retiro, y luégo, viendo que seguían molestándola con una vigilancia continua, marchó á París y pidió una audiencia á Napoleón.

Tenía entonces cincuenta y un años; pero su tez se conservaba tan pura, sus ojos tan hermosos, tan rubios sus cabellos, estaba aún, en una palabra, tan hermosa, que el emperador, idólatra de la belleza de las mujeres, á pesar de su aparente estoicismo, la miró asombrado.

—Señora—dijo—con razón se afirma que el talento es siempre joven y siempre bello.

—Señor—respondió la princesa—yo no soy ya más que una pobre mujer, que desea la dejen vivir tranquila, y que, si alguna vez ha tenido talento, hoy sólo quiere conservar el de mover la piedad de V. M.

—¿Qué queréis de mí, señora?—preguntó con alguna acritud el emperador.

—Quiero, ó más bién, ruego á V. M. que dé orden para que cesen las persecuciones de que me veo rodeada.

—¿Me lo pedís como la viuda de Estuardo, ó como la viuda de Alfieri?

Palideció Luisa, porque los ojos del monarca lanzaban rayos.

—Soy la viuda de Alfieri—respondió tras algunos instantes de silencio, y con una firmeza digna y modesta.

—Entonces, señora, participaréis de las ideas republicanas y enemigas del trono, que toda su vida ha profesado vuestro esposo, y extraño mucho que me pidáis una libertad que no debo concederos.

Luisa se inclinó y se dirigió á la puerta.

—¿Adónde vais, condesa?—preguntó el emperado asombrado.

—Marcho á Inglaterra, señor.

—¿Os desterráis vos misma?

—Sí, señor.

—¿Por qué?

—Poque, á imitación de Alfieri, detesto la tiranía, y me es imposible sujetarme á la vuestra.

—¡Sois una noble y esforzada mujer!—dijo el emperador tomándole una mano que estrechó con fuerza.—¡Lástima que no tengáis hijos!

—Señor, el talento es estéril—contestó Luisa sonriendo con la gracia encantadora que le era propia, y V. M. me ha hecho el honor de decirme que le tengo.

Una nube pasó por los ojos del emperador al ver

aquella sonrisa, que enseñaba una doble sarta de diminutas perlas.

—¡Quedaos en París, condesa!—dijo á media voz y como avergonzado de su propia emoción.— ¡Vivid cerca de mí! ¡La vida debe ser muy bella junto á vos!

—Señor, Florencia me llama; dejadme volver allá, y venid alguna vez á honrar mi palacio.

—¿Me recibiréis?

—¡Oh, señor! Os recibiré y os enseñaré, ya que no tengo hijos para los ejércitos de V. M., los hijos de mi ingenio.

—¿Hacéis versos?

—¡Inspirados por vos, y para vos solo!

—¡Iré!—respondió Napoleón, besando con transporte las manos de Luisa.

Cuando ésta hubo salido, murmuró:

—¡Oh, qué mujer! ¡Por la primera vez, la fama no ha mentido!

XI.

Algún tiempo después de esta entrevista, y en una hermosa noche de estío, Luisa, sentada junto á la ventana de su gabinete, aspiraba los perfumes de innumerables flores que morían en vasos de pórfido.

A su lado, el pintor Francisco Javier Fabre la miraba con tristeza.

—No penséis en eso, Javier—dijo ella tras algunos instantes de silencio:—no quiero volver á casarme: mis dos primeros matrimonios tienen excusa: creí amar á Carlos, y quizá le amé mucho, pero su conducta mató mi amor: hallé en Alfieri la realidad de mi ideal, y le amé también: por eso me casé con él; mas á vos os estimo como á mi amigo y no puedo casarme.

—Ya sé que no me amáis, Luisa—repuso Fabre tristemente;—pero os amo yo y deseo pasar á vuestro lado mi vida. ¡Oh, no sabéis desde cuándo os amo!

—Decídmelo.

—¡Desde el día primero que os vi! ¡Era ese amor voraz que algunos adolescentes conciben por una mujer que puede ser su madre!

—¿Y no se ha apagado?

—¡No!

—Pues, hijo mío, mi edad ya no es á propósito para inspirar amores—repuso Luisa sonriendo;— ¡tengo más de cincuenta años!

—¿Qué importa, si sois tan bella? ¿Qué importa, si vuestro corazón es tan sensible, vuestra alma tan elevada, vuestro talento tan encantador y vuestra imaginación tan fresca?

—Vamos, Javier, olvidad vuestras locuras.

—¿Me despedís?

—Si no mudáis de conversación, si; idos y dejadme que ruegue á Dios, como lo hago todas las noches, por el alma de Alfieri; ya sabéis que tengo mi sepulcro abierto en su mausoleo, y que él mismo dejó escritos, antes de morir, nuestros dos epitafios; ¡pronto iré á ocupar mi sitio á su lado!

Fabre nada contestó y salió silencioso y sombrío.

—Este hombre me da pena—murmuró Luisa.—
¡Extraño destino el mío!

Seis meses después se casaba Luisa con Fabre, agonizante por los inútiles esfuerzos que había hecho para ahogar aquel amor.

A los dos meses de celebrado su matrimonio, el joven pintor dejó el lecho más fuerte, más contento, más feliz que nunca, y sus obras adquirieron, bajo el influjo de Luisa, un sello de belleza radiante é inmortal.

XII.

Luisa hizo su testamento á los sesenta y cinco años de edad, dejando heredero á Fabre de todos sus bienes y de todos sus libros, manuscritos, cuadros, esculturas y otros objetos de arte, que á su vez había heredado de Alfieri.

Todavía vivió siete años, sin embargo, y la edad, al robarle su belleza, le dejó la augusta expresión de una alma incomparablemente hermosa y de una conciencia purísima; no le robó tampoco el tiempo el cariño de Fabre, cuya pasión no hizo más que variar de carácter; en tanto que vivió la condesa, fué ésta su consejera, su amorosa amiga; cuando murió, el pintor iba á postrarse ante el mausoleo donde descansaba al lado de Alfieri, para pedirle inspiración.

Luisa falleció á los setenta y dos años de su edad; aun estaba hermosa en los últimos meses de su vida, con sus cabellos blancos como plata cayendo en largos rizos, y sus ojos negros llenos de ternura.

Esta admirable mujer debió su celebridad, menos á su alto nacimiento que á sus desgracias, á sus virtudes, y sobre todo, á las inmensas pasiones que supo inspirar; su amor hacia el gran Alfieri, y el que éste le profesó, elevaron más que nada el pedestal en que descansa su augusta sombra, tan regiamente virtuosa, tan soberanamente bella.

No profanó el amor cuando la edad empezó á marcar en sus facciones su destructora huella; de los veinte años que estuvo casada con Fabre, diez y ocho fué su amiga, ó su madre más bien: su carácter noble é ideal no podía permitir entre ambos más estrechas relaciones.

Había vivido como una mártir, y murió, como

una santa, en Florencia, el 29 de Enero de 1824.

Fabre no volvió á amar: colocó en la galería de dicha ciudad los retratos de Luisa y de Alfieri, detrás de los cuales hay escritos dos excelentes sonetos de la mano del gran poeta.

El tercer matrimonio de Luisa fué también secreto; pero Napoleón lo supo, y, durante un año, estuvo devorado por una negra melancolía.

Luisa demostró que el corazón es como el cielo: en aquél caben muchos amores, como en éste se multiplican los sitios á medida que hay más ángeles; pero como los ángeles en el cielo, los amores en el corazón tienen también sus jerarquías.

FIN DEL TOMO TERCERO.



